

AJUSTE DE CUENTAS



AJUSTE DE CUENTAS

Miguel Ángel Cienfuegos
Pepa Sastre

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: 
Diseño de la colección: Pepe Far

Primera edición: junio de 2024

© Miguel Ángel Cienfuegos y María José Sastre, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-1176-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 10624-2024

Impreso en España

Este libro está dedicado a todas las víctimas de la banda terrorista ETA y a sus familias. Porque no debemos otorgarnos el infame derecho de enterrarlas en el olvido.

A mi padre y mi madre, que lo leerán en el cielo.

A mis hijos Andrea y Javier, que me hicieron, día a día, mejor persona y me enseñaron a valorar todos los momentos que paso con ellos.

A Santiago Borja, que me permitió entrar en su pequeño espacio reservado a la amistad.

A todos los hombres y mujeres de la Guardia Civil.

Y, por supuesto, a María, por estar siempre a mi lado.

MIGUEL A. CIENFUEGOS

Para todos aquellos que no obtuvieron justicia.

Para los que todavía la esperan.

Para Javier, que es luz.

Y para Marina y Arturo, la razón de mi vida.

PEPA SASTRE

CAPÍTULO 1

El anochecer trajo consigo unas temperaturas bajas, propias del recorte de la luz del sol por el cambio de horario invernal. El viento hacía crujir los viejos postigos de madera que protegían la ventana de la cocina. El otoño se presentaba como era habitual en aquellas tierras desde que él tenía uso de razón, frío y húmedo, preludio de un largo invierno. Tras el informativo de la noche, la ETB retransmitía un eterno partido de pelota, semifinal del campeonato provincial de Gasteiz. Íñigo de Ursúbil, alias «el Txopo», gran aficionado a todos los deportes tradicionales de su Euskadi natal, no había oído hablar en su vida de ninguno de los dos pelotaris. Bien es cierto que los últimos veinte años los había pasado demasiado lejos de su tierra, en la cárcel de El Puerto II, allá por Cádiz. Demasiado tiempo aislado de su familia y rodeado de presos que nada tenían que ver con el Movimiento Vasco de Liberación Nacional, al que tan orgullosamente seguía perteneciendo, aunque fuera de una manera menos apasionada que en los años de su juventud. Seguía apoyando la independencia de la que consideraba su única patria, y de ninguna manera había renunciado a la lucha armada, pero era mejor que otros tomaran el relevo y las armas si lo consideraban oportuno.

De los años pasados en la cárcel había sacado una única decisión firme, un único objetivo vital: no volver a pisarla.

En las noches en que le costaba conciliar el sueño, y no eran pocas, podía oír de nuevo el sonido del inmenso cerrojo asegurando la puerta a sus espaldas y los pasos de los funcionarios en el corredor, tras los que su celda se sumía en un silencio siniestro. Así durante todas las noches de las dos últimas décadas. Al principio lo distrajo la novedad. Su celda, como todas, era espartana: una cama, una mesa y una silla ancladas al suelo y un inodoro tras un murete de obra, en un absurdo intento de preservar la intimidad de quien permanecía allí solo. El primer compañero con el que trabó cierta confianza estaba condenado por un atraco a una tienda de electrodomésticos. Era un completo analfabeto, así que se propuso enseñarle a leer y a escribir. Cuando salió de la cárcel, nunca más supo de él. Un español ingrato e inculto más. Luego vinieron otros a acercarse y compartir esos pocos momentos en los que socializaba con los demás presos. A él le dio igual que no supieran hacer la O con un canuto o que fueran doctores en leyes. Decidió que a partir de entonces pasaría solo el tiempo que el Estado torturador lo tuviera encerrado en aquel agujero, a más de mil kilómetros de su tierra. Nada de relaciones más allá de lo necesario, salvo con otros *gudaris*. Otros guerreros vascos.

Consideraba entonces, y lo seguía haciendo, que los compañeros del Movimiento encerrados allí eran diferentes del resto de población carcelaria. Ellos eran presos políticos, no vulgares chorizos, atracadores, asesinos o violadores. Ninguno de éstos llegaría nunca a entender la guerra por la liberación de Euskal Herria a la que los vascos estaban entregados.

En contra de lo que supuso al principio, se acostumbró rápidamente a la rutina en la prisión. Pasados los primeros meses de condena, se matriculó en Derecho en la UNED

para llenar las infinitas horas muertas. Estudiar, limpiar el chabolo, y luego salir al patio arrastrando los pies mientras dejaba correr el tiempo, que se empeñaba en transcurrir tan lento que desesperaba. Durante la hora del rancho, imaginaba cómo seguiría siendo la vida fuera de esos muros, la gente de Cádiz, bendecida por ese clima agradable tanto en verano como en invierno, tan distinto al de su Euskal Herria.

Recibía visitas muy de tarde en tarde. Desde su pueblo al Puerto de Santa María había que atravesar la península entera, así que no tardó en asumir que su familia no podía hacer ese viaje cada semana ni cada mes. Ni siquiera con las ayudas económicas del colectivo de apoyo a los presos, que además les organizaban las interminables expediciones en autobús. Así, las visitas de los suyos se fueron espaciando cada vez más en el tiempo. La última que recibió fue la de su hermana Nekane para comunicarle que al *ama* la habían encontrado muerta en la entrada del gallinero. «Muerte natural Íñigo; el corazón le falló». Después, cada uno siguió con su vida. Nunca echó de menos a su madre más que cualquier otro día antes de su encierro porque, desde el primer momento de su encarcelamiento, supo que no volvería a verla nunca más.

Ahora, mientras trataba de reintegrarse en la que tendría que haber sido su vida, el antiguo miembro de ETA Íñigo de Ursúbil consumía fuera de la cárcel la parte de condena que le quedaba por cumplir. Todo se resumía en ir a firmar al juzgado de la Plaza de los Fueros cada quince días bajo la mirada anodina del funcionario encargado de turno. Atrás quedó ya el *Ongi Etorri*, *dantzaris* incluidos, con el que lo recibieron en su pueblo. Así como la comida popular que celebraron en honor del *gudari* que retornaba a la Patria Vasca «después de ser represaliado sin piedad y por venganza por el Estado Opressor Español», en palabras del alcalde.

Alcalde, por cierto, del mismo partido que se suponía que daba soporte y apoyo legal a los que volvían de cumplir condena. Después de las palmadas en la espalda, de un pasillo organizado en la plaza de su pueblo recibiendo los abrazos de gente que no conocía, y de los vítores de los vecinos a los que ni recordó durante su cautiverio, había pasado al más absoluto de los ostracismos. Ya no era más que un extraño en su propio pueblo, sumido en una voluntaria y completa soledad. Pensó que, al final, los que terminaban pagando siempre eran los mismos. Los últimos de la fila. Los únicos que tuvieron cojones para matar o morir, llegado el caso. Los otros, los políticos, siempre a resguardo, diciendo lo que tenían que hacer los que empuñaban las armas, pero desde el abrigo seguro de los despachos oficiales o las instituciones que los eximían de responsabilidad por sus opiniones y actos.

Vivía aislado del pueblo que lo había visto nacer y donde ahora, por su edad y un estado de salud que rozaba lo lamentable, ni siquiera podía aspirar a un trabajo que le permitiera llevar una vida un poco más desahogada. El caserío que fue de sus padres se lo cedieron sus hermanos para que pudiera vivir hasta que encontrara algo más cercano al pueblo y a su gusto, con lo cual ya le dieron a entender que no podría quedarse en la casa familiar más tiempo del indispensable. Su idea era ponerla a la venta y repartir el dinero entre los cuatro. En pocas palabras: ya habían esperado bastante. Él, tozudo como un buey, no quiso desprenderse de aquel lugar que lo anclaba a su tierra mientras estaba en la cárcel, pese a saber que tendría el dinero a su disposición cuando saliera. Y todo a pesar de cuánto le insistieron cada vez que iban a verlo, antes de que dejaran de hacerlo por completo. Sentía que había perdido la raíz que lo ataba a aquella casa y a aquel pueblo cuando murieron sus mayores, y ahora hacía todo lo posible por recuperarla. Primero, el *ama*, consumida en la soledad y

el rencor contra los que tenían a su hijo preso. Después fue el *aita*, arrasado por la pena de no volver a ver libre a su primogénito.

Íñigo contaba ya con cincuenta y nueve años y aún le parecía ver a su madre sentada en la misma mesa que ahora ocupaba él con su soledad. La imaginaba desgranando viejos reproches contra su padre por lo poco que estaba en casa, y contra los hijos por ir cada uno a su propio interés sin preocuparse siquiera de dar de comer a las gallinas. «Dios, un marido y cuatro hijos, y nunca he estado tan sola», era la retháila diaria colgada del labio mientras recogía esa misma mesa y un Íñigo veinticinco años más joven contenía la risa al ver a sus hermanos, que la imitaban cada vez que se daba la vuelta.

Todo le parecía tan extraño y lejano ahora que una vieja ira contra sí mismo se le iba enredando por dentro. Tantos años de *mako* para estar en el mismo punto y situación donde lo había dejado cuando lo detuvo la Guardia Civil. Lo empaquetaron para pudrirse tres décadas por un atentado con coche bomba contra el cuartel de Galdakao, con el resultado de los dos jóvenes picoletos que fueron a revisar el coche muertos. Lo identificaron con las cámaras que habían puesto en el cuartel y sobre las cuales nadie lo había avisado. Le dio tiempo a salir corriendo y tomar otro vehículo donde lo estaban esperando sus dos compañeros del comando Urbietta. La idea era escapar a Francia, por supuesto, no sin antes dejar el primer coche con una placa doblada y cargado de explosivos. Pero los muy cabrones de los picoletos tenían localizada a su familia y sabían ya por entonces que aquel joven no era indiferente al Movimiento. No tardaron en identificarlo y dar con él.

Aquella madrugada, veinte años atrás, no la olvidaría nunca. Lo despertaron el frío cañón de un subfusil en la ca-

beza y el *txakurra*, que estaba detrás del arma, vestido de verde oscuro y con un pasamontañas. «Cógela, por favor; échale huevos ahora y sé un hombre», le dijo tras señalar con la mirada la pistola que estaba sobre la mesilla. Pero Íñigo se limitó a levantar las manos despacio y evitó darle al guardia la excusa que buscaba para descerrajarle un tiro. No tenía ninguna intención de ser un mártir delante de los suyos. Ya seguiría luchando en otro momento, si se daba la oportunidad y las circunstancias. Se vería.

Las pruebas que presentó la Guardia Civil al proceso en la Audiencia Nacional eran irrefutables, incluida la grabación de las cámaras en las que se le identificaba perfectamente. Después, lo de siempre: el juicio y el silencio, y la mirada altiva y desafiante con que se dirigía a la Sala que lo juzgaba y a la que tantas veces gritó que no reconocía. Más tarde, la condena. Treinta años por cada uno de los asesinatos. Casi le fallaron las piernas al escucharla, pero él era un *gudari* y tenía que parecerlo. Luego supo que había tenido más suerte que sus compañeros de comando, que cayeron en un control rutinario de la policía francesa. Por lo menos, a él lo habían juzgado en España donde, como sabían todos los de Euskal Herria, las leyes eran bastante más laxas.

Una vez en la cárcel, tuvo que ser contundente a la hora de explicar a los abogados del partido que él no había abierto la boca para denunciar a sus compañeros. «Además de tragar talego, que te cuelguen el sambenito y piensen que eres un *txibato*. Hasta ahí podíamos llegar», pensó. Aun así, para quedar libre de toda duda, rechazó cada beneficio penitenciario que le ofrecieron. Tragó años de *mako* puro y duro, convirtiéndose sin quererlo en uno de los referentes de todos los *gudaris* encerrados en las cárceles españolas y una voz autorizada dentro del colectivo de presos. Todo eso a cambio de no obtener ninguna mejora de su condena. Puta mierda de vida.

El Txopo se sirvió un último vaso de txacolí y lo saboreó despacio, dándole coba y mirando la más que terciada botella. Después observó la vieja cocina: los armarios gastados por el uso; los fuegos con grasa reseca e incrustada; los anaqueles con cacharros desportillados; la mesa de madera de roble, que acarició con los dedos, siguiendo los surcos que tantos años de roce con platos y cubiertos habían dejado en la superficie. Cerró los ojos y se vio a sí mismo adolescente, sentado en la que siempre fue su silla, esperando que el *ama* pusiera ante él un plato de sopa que el *aita* ya sorbía. Entonces la cocina no era vieja, sus padres tampoco, y él tenía toda la vida por delante... para poder echarla a perder. Toda la casa desprendía ahora olor a abandono y soledad.

Decidió dejar el resto del vino para después y tomarlo sentado en el viejo sofá de escay apostado frente al televisor viendo alguna película, en euskera, por supuesto. Se levantó de la mesa y recogió los restos de la cena, apenas un *txitxarro* que había metido en el horno y del que había dado cuenta con buen apetito, acompañado de una ensalada de tomate y cebolla dulce recogida en el huerto trasero de la casa. Miró por la ventana y decidió salir a echar un cigarro. Agarró la bolsa tras encenderse el pitillo y enfiló los apenas cincuenta metros que lo separaban del cubo de basura que el ayuntamiento había colocado allí para su uso personal. Estaba al inicio del camino del caserío, junto a la pequeña caseta de rasillas con techo de chapa que servía de parada del bus que lo llevaba cada mañana al pueblo. Todo en el mismo cruce. Un detallazo del alcalde, el mismo que le prometió un trabajo en el ayuntamiento para hacerle la vida más fácil y ahora le rehuía la mirada en el bar. «Menudo hijo de puta», pensó de nuevo.

Por allí no había un alma. Nunca había un alma. Respiró el fresco y sintió la humedad del prado. Aunque dijeron que las lluvias no llegarían hasta el día siguiente, él sabía que

no tardaría en llover aquella misma noche. El viento movía las ramas de los robles cercanos y su sonido le estremeció.

Bajó despacio, sin prisa, y cerca ya del cubo de basura oyó una voz que procedía de la destartada parada del bus. Una voz que se dirigía hacia él.

—*Gabon*, Txopo.

«Algún conocido del pueblo», pensó al verlo caminar con semejante resolución.

—*Gabon*. ¿Quién eres? No te conozco.

—Eso da igual. He venido a matarte.

—¿Cómo dices?

—¿Recuerdas a los dos guardias que asesinaste en Galda-kao? Pues esto es por ellos. Y por sus familias.

No supo reaccionar y tampoco le hubiera dado tiempo. El propietario de la voz había levantado la mano derecha señalando hacia su cara despacio, mientras hablaba, y disparó dos veces. El Txopo salió proyectado hacia atrás con la bolsa de basura en su mano derecha y el cigarrillo encendido entre sus labios. Los ojos abiertos no habían perdido aún el gesto de sorpresa.

El silenciador que prolongaba el cañón del arma amortiguó el ruido seco de los disparos, que quedó en un simple «tap-tap». El hombre se agachó despacio y recogió los dos casquillos, que, aún calientes, guardó en el bolsillo de la chaqueta negra. No miró atrás. No corrió. Subió las solapas del abrigo para protegerse de la fina lluvia que comenzaba a caer y simplemente se marchó por el mismo camino que lo había llevado unas horas antes hasta allí.

Lanzó una última mirada al cuerpo de Íñigo de Ursúbil, alias «el Txopo», antiguo integrante del Comando Urbieta, y pensó mientras se alejaba que había tenido suerte. No tuvo que entrar a buscarlo en su casa. El destino lo había llevado hasta él.

CAPÍTULO 2

— **H**ostia, Patxi. Hostia, hostia.
—¿Qué haces, joder?
El tal Patxi frenó de tal manera que su compañero tuvo que hacer una maniobra brusca con la bicicleta para evitar montarse encima de la espalda del que lo precedía, de modo que casi termina con sus huesos en el suelo.

—¿Cómo frenas así, cabrón?

—Que hay un tío ahí tirado.

La lluvia de la noche anterior se había convertido en un espeso *txirimiri* y una neblina no demasiado densa inundaba las zonas altas del monte, pero eso no había desanimado a los ciclistas que cada mañana salían por las sinuosas carreteras del término municipal. No los arredraba la lluvia fina, sobre todo cuando en mente tenían llegar al bar y reponerse con el habitual vaso de vino y los huevos fritos con *txistorra*.

Pero a dos de ellos se les quitaron las ganas de desayunar cuando se dieron de bruces con el cuerpo del Txopo. Lo reconocieron de inmediato, pese a que el cuerpo había permanecido toda la noche bajo la lluvia y se apreciaba ya ese color cerúleo característico. Si tenía la altura del Txopo, se parecía al Txopo y estaba en el camino del caserío de la familia del Txopo, sólo podía ser el Txopo. Los dos orificios de

bala en la frente indicaban a las claras que el hombre estaba muerto. No tocaron el cadáver para comprobarlo, pues a los dos les dio aprensión al ver restos de la masa encefálica desparramada alrededor de la cabeza.

Llamaron a la Ertzaintza, que envió enseguida una patrulla. Los agentes tampoco comprobaron que el cuerpo carecía de pulso, porque, con la mitad de los sesos fuera, parecía más que evidente. Así que pensaron que mejor si se encargaban los de la funeraria, que para eso les pagaban y no les daba grima. El difunto seguía tumbado sobre la hierba boca arriba, con los ojos aún sorprendidos. Junto a los restos, el último cigarrillo prácticamente deshecho sobre la barbilla y la bolsa de basura que nunca llegó al contenedor todavía enganchada en su mano, pero ahora con un creciente número de espectadores alrededor. La lluvia de la noche debía haber borrado cualquier huella alrededor del cadáver. Pero, incluso en caso contrario, las posibles evidencias habrían quedado bajo las pisadas de los cuatro hombres que lo rodeaban.

Los agentes de la Ertzaintza llamaron a los de la científica. A las dos horas, la jueza ordenó el levantamiento del cadáver, cuya identidad se confirmó gracias a las huellas dactilares. Nadie se sorprendió cuando Nekane de Ursúbil reconoció con un leve asentimiento el cuerpo de su hermano, sin mostrar la menor emoción. Lo siguiente que hizo la jueza fue poner el hecho en conocimiento de la Audiencia Nacional para que dictase el procedimiento a seguir.

Al mediodía, antes de que los restos del Txopo llegaran a la mesa de autopsia, la noticia de la muerte del viejo *gudari* ya había corrido por todo el pueblo. En la *herriko taberna* volvía a ser protagonista de las conversaciones entre los parroquianos.

—Estaba tieso, parecía una vela. Joder, qué susto, por Dios. No me caí de la bici de milagro.

—¿Y estás seguro de que era ése?

—¿Quién cojones iba a ser? Con cara de muerto y hecho un guiñapo en el suelo, pero era él. Joder que si era él.

Y a estas conversaciones seguían las especulaciones, sobre todo acerca de quién podía haber hecho algo así y el motivo. Las teorías abarcaban desde una venganza personal hasta el suicidio.

—¿Pero estás gilipollas? ¿Tú has visto que alguien se suicide con dos tiros en la frente?

—Yo qué sé.

—¿Y de dónde ha sacado la pipa? ¿Eh?

—¿Me lo preguntas tú?

Era evidente que el Txopo no se había suicidado y la pregunta era obvia para todos: ¿Quién podría tenerle tanta inquina como para matarlo?

—Mucha gente, hacedme caso. Éste no era del todo bueno.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... que a los otros que estaban con él en el comando igual no los pillaron al otro lado de la *muga* por casualidad.

—¡Venga ya, joder! El Txopo era un tipo de una pieza. Seguro que no abrió la boca.

—¿Que no, dices? Ahí va la hostia. A saber qué le harían los picoletos esos hijos de puta para hacerlo cantar. Eh, que no estoy diciendo que no les costara y tampoco digo que el Txopo fuera un *txibato*. Pero, cuando te torturan así, lo mismo se te suelta la lengua antes de que sigan forrándote a hostias. Eso es lo que quiero decir.

—Pues yo te digo que eso no pasó, no pudo pasar. Éste se comió veinte años en el *mako* sin rechistar, no les hizo el juego ni cantó nada, y me consta que no le fue fácil. Era de los duros.

Uno de los parroquianos, militante viejo del partido más próximo a los postulados de la banda y concejal en aquel pe-

queño pueblo, señaló con el dedo a otro de los tertulianos sin dejar de mirarlo y con el *txikito* en la mano.

—Mira, cuanto te tienen tres días encerrado, hinchándote a hostias, sin dormir y amenazándote, les dices lo que sea. Lo que sea. Y, mientras tanto, no te creas que los picoletos están parados. Entre hostia y hostia comprueban lo que les cuentan los chavales. ¿Pero tú no sabes cómo termina la gente que lucha? Porque cada vez que cogen a uno de los *gudaris*, ni Cristo sabe dónde lo meten, pero el caso es que terminan cayendo todos los del *talde*. Tarde o temprano. Y eso no te hace un *txibatato*, es que te torturan y estás solo. Y te tienes que cagar de miedo porque esos hijoputas no se andan con tonterías. Si no, ¿de qué iban a cantar éstos? Así que sólo digo que el Txopo se comió veinte años. Claro que sí. Pero los suyos cayeron uno detrás de otro después y no sabemos nada de cómo se enteraron los *txakurra*. Ni tampoco cómo lo pasó el Txopo en la cárcel, que para todos no es igual tampoco. ¿Pero te diste cuenta de que, desde que volvió al pueblo, apenas se relacionaba con nadie? Te voy a decir más, fíjate: ni siquiera se dejaba ver por aquí con los suyos, que lo apoyamos desde el principio y hasta el final. Lo mismo tenía algo que callar también.

No parecía que fueran a ponerse de acuerdo mientras las especulaciones empezaban a subir de tono. Los más cercanos a los postulados y al entramado de la banda hacían conjeturas, palpando el ambiente entre los asistentes, lanzando preguntas al aire. Los otros, los que habían conocido a la familia de Ursúbil, callaban y consumían el txacolí a la velocidad suficiente para salir de allí pronto sin pronunciarse ni levantar sospechas.

—En cualquier caso, habría que esperar, ¿no? Alguien dirá algo. Si han sido los *gudaris* será porque sabían algo que nosotros desconocemos y bien muerto estará. Si han sido otros, pues ya nos enteraremos, joder. Haya tranquilidad.

El dueño de la *herriko taberna* llenaba los vasos sin decir una palabra, según le iban haciendo una seña con la cabeza. Lo principal era empezar la colecta para ayudar a organizar el entierro. Trató de recordar cuánto tiempo hacía desde la última vez que hizo una colecta con ese propósito. Por lo que a él se trataba, y hasta que no se demostrara lo contrario, Íñigo de Ursúbil, alias «el Txopo», era un *gudari* muerto. Si nadie de la organización le decía lo contrario, el tratamiento sería el que siempre se había dispensado a un héroe de la causa independentista. En caso de que el muerto saliese rana, ya era otro problema. Pero no el suyo.

Al final, pensó, aquello no había cambiado tanto con el paso de los años.

CAPÍTULO 3

La teniente de la Guardia Civil Claudia Zaforteza sonrió a escondidas al mirar el vídeo viral que alguna de sus amigas había subido al grupo de wasap que compartían. Como era discreta, prefería que sus compañeros no supiesen que abría los mensajes en el trabajo. No quería darles más munición. A sus veintiséis años, muchos de los que estaban bajo su mando aún pensaban que era una niña. De hecho, más de la mitad ya eran guardias civiles cuando ella estaba en mantillas. A pesar de que todos los integrantes de la unidad la habían recibido bien, todavía notaba un silencio expectante a su alrededor cuando les hablaba.

Había hecho el último Curso Superior de Información, el que se reserva a los oficiales de la Benemérita cuando ya están destinados en las unidades del propio Servicio de Información y tienen responsabilidades en él. Pero antes tuvo que tragar con el Curso Básico, el que habían hecho todos los miembros operativos que estaban bajo su mando en aquel edificio y que le pareció infinitamente más duro y complicado. Tuvo que bajar al barro y hacer cosas que la llevaron a pensar que aquellos hombres y mujeres eran mucho más capaces que ella. Al fin y al cabo, algunos fueron sus instructores. Pasó por todas las putadas, encerronas y pruebas imaginables, gracias a

las cuales perdió la vergüenza y aprendió a buscarse la vida en un medio hostil. Pero también comprendió que sus compañeros veteranos ya habían superado antes lo mismo, o algo mucho peor incluso, dado el tiempo que les había tocado vivir. Los años de plomo, así los llamaban. Los hombres y las escasas mujeres que entonces estaban destinados en el Servicio de Información eran de una pasta muy diferente a la suya. Se ganaron su reconocimiento y aprecio al poco tiempo de estar destinada con ellos. El respeto ya lo tenían desde siempre.

Su primer destino al salir de la Academia de Aranjuez había sido el Puesto de Arnedo, en La Rioja, un municipio de quince mil habitantes donde casi nunca pasaba nada. Los agentes y suboficiales veteranos recibieron a la teniente con cierto recelo, pero pronto se dieron cuenta de que esa jovencita era lo mejor que podía haberles pasado. Claudia era la primera a la hora de llegar y la última en apagar la luz. Se dejaba aconsejar siempre sin que su autoridad quedase en entredicho y sin dejar de mostrarse empática, así que pronto la acogieron como uno de los suyos. La teniente Zaforteza carecía de arrogancia.

En Arnedo, Claudia pasó casi dos años. Allí conoció a agentes que cambiarían su manera de ver la Guardia Civil y condicionarían su petición de destino. Muchos de ellos habían trabajado en el Servicio de Información y se las sabían todas. Los que nunca cambiaron de destino habían visto pasar a muchos de los que se jugaron el pellejo en el País Vasco. Las historias que contaban fascinaron a la joven teniente, así que fue inevitable que se propusiera seguir esos pasos. Por eso solicitó el curso y, tras superarlo con mucho sufrimiento, pronto vio colmada su ambición con un traslado a Madrid.

Su actual superior, el comandante Andrés Reina, era un veterano de las unidades del Servicio de Información, a las que pertenecía casi desde que salió de la Academia de Guar-

días de Úbeda. Era uno de sus referentes, pero, sobre todo, una leyenda viva. Con su pelo cano y unos ojos azul intenso, hacía que su interlocutor se sintiera traspasado mientras hablaba porque parecía estar estudiando cada una de sus reacciones y gestos. Y cuando llamaba a alguien a su despacho, el único que estaba separado en aquella estancia diáfana, lo esperaba en la puerta y la cerraba tras él. Nunca tenía en cuenta la graduación de sus hombres a la hora de encomendar las misiones ni ordenar los equipos en los operativos. Simplemente, mantenía el criterio de eficacia, algo que siempre le había dado unos buenos resultados. Llamaba a sus subordinados por el apodo y exigía el mismo trato cuando estaban sobre el terreno. Entonces, era Roncal para todos, un apelativo que provenía de la Navarra que lo vio nacer.

La mesa de trabajo de la teniente Zaforteza estaba situada justo frente al despacho de su comandante, como la de los otros jefes de grupo. A diferencia de las de la mayoría de sus compañeros, la suya era el colmo del minimalismo. Ni una sola fotografía personal, ni una planta, ni muñequitos trepando por la pantalla del ordenador... Era espartana en sus gustos y una maniática del orden. Sólo el ordenador, un cuaderno Moleskine negro donde tomaba notas, una pluma cargada con tinta negra, un paquete de tabaco rubio y un mechero de plástico. Sabía que algún día tendría que dejar de fumar, pero hoy tampoco le parecía el momento más propicio para intentarlo. Su pelo moreno recogido en una trenza y unos ojos negros y grandes, unidos al escaso metro sesenta de altura, le habían valido el apodo de Heidi. Al principio no le hizo gracia, pero terminó acostumbrándose. Sobre todo, por miedo a que se lo cambiaran por otro menos cariñoso.

Ella era uno de esos raros casos en los que el árbol genealógico no cuenta en la vocación. Nadie en su familia la había precedido en las filas de la Guardia Civil. Cuando tras

el bachillerato comunicó a sus padres que quería estudiar en la Academia General Militar de Zaragoza, éstos enarcaron una ceja. Y más se sorprendieron cuando ella declaró que quería ser oficial de la Benemérita. Sólo su madre preguntó si estaba segura, y si no le parecía mejor elegir una carrera más «femenina». Pero la determinación, cuando no obstinación, era uno de los rasgos más acusados de Claudia. Besó a su madre en la frente y sólo dijo: «Me han admitido, me voy a Zaragoza. No te preocupes, que en dos años me tendrás más cerca y Aranjuez está aquí al lado».

La chica tuvo unas notas impecables, y, a la entrega de su despacho como nueva teniente, sus padres no pudieron estar más orgullosos. La joven supo que tendría que seguir aprendiendo para hacer honor a sus recién inauguradas estrellas. De hecho, en el discurso de entrega de despachos, el director de la Academia les pidió a todos que nunca perdieran la vocación de aprender. Que sólo con esfuerzo, humildad, tesón y disciplina, unida ésta a un espíritu crítico que fuese constructivo, serían buenos oficiales. Ella sabía que contaba con bastantes de esas cualidades, así que se planteó desde aquel momento hacer uso de todos aquellos buenos atributos durante su carrera y adquirir los que no tuviera.

Al oír la puerta del despacho de Roncal, levantó la mirada. Tragó saliva cuando el comandante la señaló con el dedo y le dijo con un gesto que se acercara. Sin tener muy claro cómo la habían llevado sus pies hasta allí, se encontró sentada frente al comandante jefe de grupo.

—Heidi, nos han encargado un trabajo extraño. El general Tapia, nuestro jefe, amado líder y supremo guía espiritual del Servicio de Información, nos ha colocado lo que se llama un marrón. Y yo te lo voy a pasar a ti. Estaré contigo, pero sólo al principio, para que empieces a ser independiente. Quiero saber de qué pasta estás hecha.

—¿De qué se trata, mi comandante?

En los siguientes minutos, Roncal puso a Claudia al corriente de lo ocurrido con Ursúbil, lo poco que se conocía del asesinato.

—A este pájaro le han dado boleto. Mañana será el funeral y suponemos que irá acompañado de toda la parafernalia de un acto de este tipo: ikurriñas con crespones negros, banderas y pancartas de apoyo a los colectivos, etcétera. Sé que no has visto eso nunca, así que imagino que te impresionará la cantidad de fans que tiene esta gente, pero llevarás contigo a agentes veteranos que no se dejan influenciar por el ambiente. Lo conocen bien porque lo han vivido antes y saben pasar inadvertidos.

»Por ahora no tenemos nada por donde empezar, así que trabajarás sin base. La gente de Información de la Comandancia os dará el apoyo que necesitéis. Están avisados y ya trabajan sobre el terreno recopilando información. —Roncal hizo un inciso, la miró fijamente y la señaló con el dedo para recalcar sus palabras—. Pero tú y sólo tú llevas la dirección del equipo. Me informarás a mí de lo que averigües, y yo elevaré esas explicaciones a quien corresponda. Por lo pronto, esta tarde, mañana a lo más tardar, tienes que buscarte la vida para tener el informe forense, a ver si aclara algo.

»Por supuesto, allí estará la Ertzaintza. Llévate bien con ellos, porque cuatro ojos ven más que dos y ellos ya van con ventaja. Sé hábil y conviértete en su aliada, que no vean un enemigo en ti. Pero, si surgen recelos que no puedas solventar, acude a la jueza en último extremo.

—¿Y por qué yo, mi comandante?

—¿Y por qué no? ¿No te sientes capacitada? —La mirada de Roncal siempre era inquisitiva, y esta vez parecía que, además, esperaba una explicación.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Hay gente más veterana aquí... No sé si podrían tomárselo mal.

El comandante jefe de grupo pegó su espalda en la silla giratoria, con los dedos entrelazados, y dejó fija su mirada en ella.

—¿Y crees que lo harán mejor que tú? Yo, no, y quiero comprobar que estoy en lo cierto. Además, si alguno se siente ofendido por mi elección, que venga a mi despacho y yo, encantado, le daré las razones que sean necesarias. Llévate al Pecas y a Isidro, que será tu segundo. ¿Necesitas a alguien más?

Claudia no dudó.

—A Perales y a Bebe.

—Bien. Maleta ligera y salid zumbando en cuanto podáis. Tenéis el tiempo justo para poneros en contacto con el capitán Abarca, de la Comandancia de San Sebastián, que os está esperando. Es un tipo peculiar, ya lo irás conociendo. No le gustará que estéis allí, en su territorio, pero, si tienes algún problema con él, no dudes en decírmelo, que yo sabré ponerlo, en su sitio.

No hacía falta conocer demasiado a aquel hombre para saber que ya había dado por terminada la reunión. En silencio, se giró de costado a ella y reabrió la pantalla del ordenador que había minimizado.

—Si no ordena nada más, mi comandante...

—Sólo que salgas zumbando para allá. Suerte, Heidi.

Mientras Claudia volvía a su mesa, pensó en cómo decirle a Jorge que estaría unos días fuera. No le iba a gustar en absoluto que se marchara de nuevo en víspera de fin de semana, así que prefirió abordar ese trámite en primer lugar.

—Son órdenes, cariño. Ya sabes cómo es mi trabajo.

—¿Y no sabes cuándo vas a volver?

—No tengo ni idea, cielo, aunque espero que sea poco tiempo.

—Pues tendré que hacerme a la idea, de que me abandonas.

—Anda, no exageres, trianero.

—Cuídate.

—Y tú también. Te llamaré cuando pueda.

—Si puedes, que esto ya me lo conozco.

Claudia y Jorge se habían mudado juntos en cuanto ella volvió de Arnedo. Él, funcionario de Hacienda, con horario de funcionario, mentalidad de funcionario y vida monótona de funcionario, no se acostumbraba a la vida a veces compleja de su novia. Aunque creían que se querían, la convivencia no era fácil y discutían a menudo, aunque por lo menos las disputas siempre terminaban en la cama.

A veces, Claudia sentía que lo adoraba y se le llenaba el pecho de una congoja difícil de soportar cuando no estaba con él, pero en otras ocasiones lo habría abandonado en una gasolinera sin pensárselo mucho. A pesar de ello, entendía que ser el novio de una guardia civil no fuera fácil. Por supuesto, ella no estaba dispuesta a renunciar a su vocación. No después de tantos esfuerzos y sacrificios.

Se habían conocido en el colegio y se habían aborrecido cordialmente en la adolescencia. Pero volvieron a encontrarse más tarde, ya en la veintena, porque vivían en el mismo barrio. Lo que comenzó como un tonto se convirtió poco a poco en algo más serio. Un día se dieron cuenta de que la amistad que habían fraguado no era sólo eso. Fue cuando Claudia estaba en el último curso y Jorge preparaba la oposición.

—Me he dado cuenta de que te quiero, Claudia.

—Yo también te quiero.

—Ya, pero yo te quiero no sólo como amiga.

—¿Qué quieres decir?